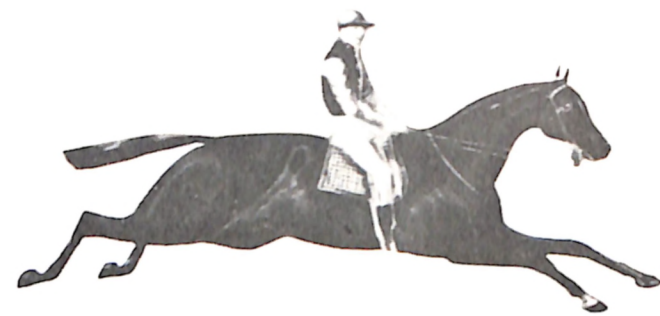
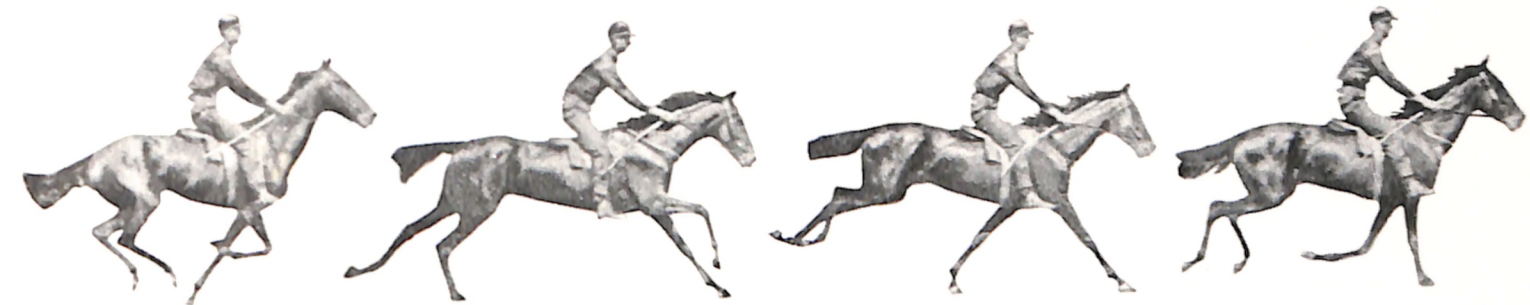


nosas de una serpiente—, entonces este desarrollo, este movimiento, sería en el tiempo como una cuarta dimensión. Mas, cuando tratamos de imaginarnos este progreso, parece que nos sentimos impulsados a situarnos fuera de este tiempo, adoptando un punto de vista que exige otra dimensión, otro tiempo. Esto no me preocupa; de uno u otro modo, soy un maniático. Pero debería empezar a preocupar a esos hombres de ciencia que nos ofrecen estas líneas universales en un continuo espacio-tiempo, estas vidas como largas barras de caucho que se extienden en el tiempo, como el que arroja a un perro un bizcocho y un hueso de caucho, y luego nos aconsejan que no digamos tonterías respecto a un llamado problema del Tiempo. Porque el problema sigue estando ahí, mirándolos a la cara, como Esfinge agazapada.

La tremenda dificultad para examinar el problema del Tiempo pareceme que se debe principalmente al hecho de que el Tiempo, o bien se transforma en otra cosa, o bien desaparece insensiblemente de la sala de examen. Pretender mantenerlo a la vista fijamente es como jugar al *croquet* en un país de hadas. La doctora Cleugh, severa lógica, se queja frecuentemente en su libro (y está en su perfecto derecho) de la *hipostatización* y la *especialización* que del Tiempo hacen otras personas. Ahora bien; yo estoy dispuesto a declararme culpable de estos dos crímenes metafísicos, pero también tengo un argumento para la defensa.



Cuando hipostatizamos el Tiempo, damos existencia real a un concepto extraído de nuestra experiencia de la sucesión. El proceso puede representarse por medio de la analogía visual de un «momento congelado». Semejante imagen la proporciona el cuerpo envuelto en lava de un pompeyano (abajo). El momento en que cayó (cuando el Vesubio entró en erupción en el año 79 después de J. C.) ha quedado preservado permanentemente, siendo así abstraído de la realidad.



Antes de la invención de la cámara fotográfica, los artistas pintaban erróneamente con frecuencia el «tiempo congelado», como en el dibujo de arriba, a la izquierda. Un caballo al galope jamás adopta esa postura. En cambio, el lienzo de un artista italiano del siglo XVII, representando una explosión en una iglesia (abajo), ha pintado, mediante un notable esfuerzo de imaginación por parte del artista, un instante de tiempo de forma tan exacta como una cámara fotográfica rápida.

Otro ejemplo de un «momento congelado» como abstracción irreal. Las fotografías (arriba) puede decirse que representan una observación de un caballo al galope. Cualquiera de las cuatro posturas podría elegirse para representar el concepto de «caballo al galope». Sin embargo, semejante postura inmovilizada no posee en realidad una existencia propiamente *separada*. Se ha abstraído meramente de nuestra experiencia de sucesión.

